

¿Cuándo acabará la crisis?

Hay quien dice que predecir el futuro está tirado. Nada de bolas de cristal ni de escarbar en las entrañas de los animales. La cosa va de manejar información. Buena información, y cruzarla. De manera, que si se revisan los datos que publican los medios, podremos hacernos una idea aproximada del escenario económico en el que nos moveremos en los próximos meses.

La información, efectivamente, nos dice que los políticos, al fin, han reparado en las empresas y los empresarios. Saben que han sido ellos, las empresas y los trabajadores, quienes han pagado la fiesta de la abundancia de todos estos últimos años, con independencia de que algunos hayan tratado de disimular esta

verdad del barquero con ideología y demagogia. Todavía hay quien cree que incurrir en déficit presupuestario es progresista, y que el dinero público no es de nadie y que además es infinito.

Con tres millones de autónomos en España, nuestros representantes han llegado a la conclusión de que facilitar a este colectivo las condiciones de contratación tendrá un resultado impactante. Bastaría con que cada autónomo crease un solo empleo para generar tres millones de puestos de trabajo. Probablemente, la realidad no será tan idílica, pero cabe imaginar que la ayuda a las empresas y a los emprendedores tendrá unos efectos muy positivos. No hay duda, con los datos en la mano, de que la próxima legislatura

estará marcada por el signo de la empresa, y eso es una gran noticia.

El problema reside ahora en despejar las otras incógnitas de la endemoniada ecuación que nos tiene en vilo desde hace cuatro años. Por ejemplo, ¿qué ocurrirá con la fiscalidad,

también el dato demográfico, de indudable importancia en el comportamiento del mercado interno. Las últimas estadísticas al respecto hablan de una España en claro retroceso poblacional y en evidente envejecimiento, a la que se suma una estructura de rentas de la

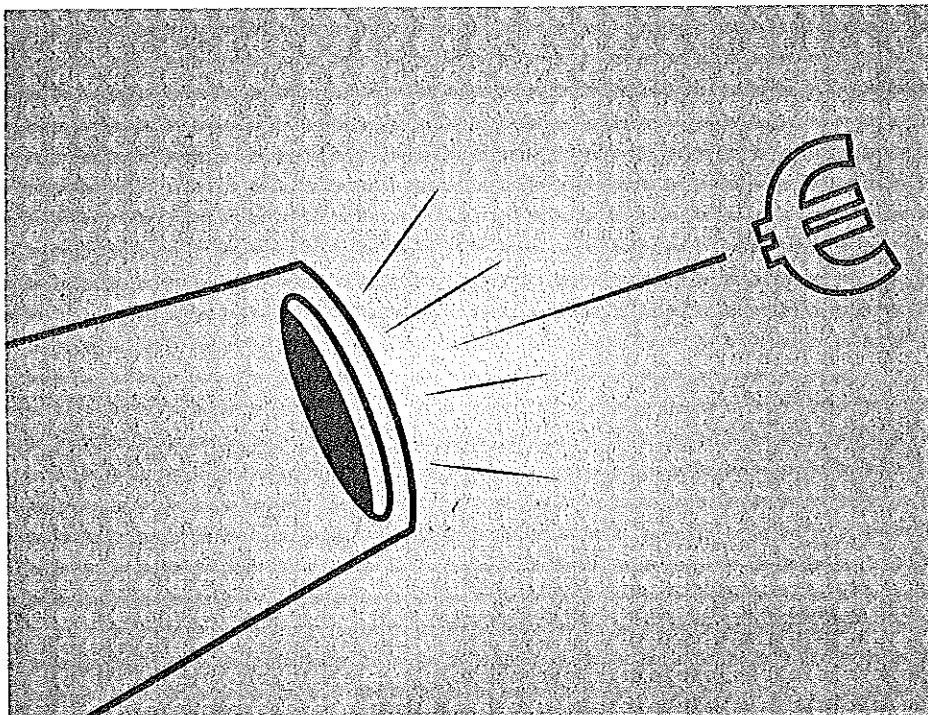
para vender fuera deberíamos ampliar nuestra base de empresas industriales y fomentar su vocación exportadora. La información nos dice que las empresas que venden fuera son escasamente el 3,33% de las tres millones existentes. Y para colmo, la industria

en nuestro país tiene un peso en el PIB de sólo un 14% (Alemania, cerca del 30%), de igual modo que la cuota de exportación en la riqueza bruta alcanza sólo el 16% (la de Alemania, el 40%).

Los datos, pues, no pintan un horizonte muy favorable. A pesar de todo, somos muchos los que creemos en el futuro de este país, y pensamos que España saldrá transformada y reforzada de la crisis.

Querámoslo o no, hemos emprendido un

periodo de refundación de muchas cuestiones que parecían inamovibles. Renacerá, estamos seguros, el emprendimiento, adelgazará la pesada estructura de las Administraciones, aumentará la competitividad de las empresas, cada día más volcadas hacia el empleo intensivo de las nuevas tecnologías, mejorará la formación y la empleabilidad de los trabajadores (no hace falta más que ver el retorno a la enseñanza de muchos jóvenes), y lo lógico es que salgamos adelante. ¿Cuándo? Eso no lo sabe nadie. O muy pocos se atreven a decirlo. Probablemente no será de hoy para mañana, pero como decían nuestros mayores, empezar ya a hacer los deberes es más de la mitad del camino que nos queda por recorrer. ■



BASTARÍA CON QUE CADA AUTÓNOMO CREESE UN EMPLEO PARA GENERAR 3 MILLONES DE PUESTOS

tan directamente relacionada con el crecimiento? Con independencia de que se presuma un buen tratamiento para los impuestos que gravan la actividad empresarial, preocupa la creciente presión fiscal sobre los ciudadanos, que castiga el consumo y, desgraciadamente, abre la espita a la economía sumergida. Probablemente, lo sensato sería emprender una reforma tributaria justa y profunda, que no desincentivase ni la inversión, ni el trabajo ni el consumo.

En los cálculos de cualquier observador económico pesa

TODAVÍA HAY QUIEN CREE QUE EL DINERO PÚBLICO NO ES DE NADIE Y QUE, ADEMÁS, ES INFINITO

que cabe esperar muy pocas alegrías de cara a una reactivación sólida del consumo. El fenómeno mileurista afecta a muchos jóvenes y, en el mejor de los casos, también a los pensionistas, lo que no augura buenas perspectivas para el crecimiento del mercado interior.

Eso significa que la reactivación económica, capitalizada por nuestras empresas, debería venir del exterior. Es decir, vender fuera. Pero tampoco está muy claro que esto se pueda hacer de la noche a la mañana. Es más,